

canciones. Del amor nace todo bien y todo mal cesa con la muerte. Cuando el amor no puede dar todo el bien deseado, la muerte destruye el deseo, y por consiguiente el mal. El que ama verdaderamente, desea morir. Con la muerte logrará, fuera de este mundo, el bien que le pinta y hácia el cual le mueve el amor, ó dejará de desear, si es imposible y fantástico su deseo.

Este afán y adoración de la muerte del místico ateo, presenta caracteres muy semejantes, aunque por distinto camino, al empeño de mortificar la carne, de aniquilar los sentidos, de padecer el martirio y de acabar con la vida de los místicos creyentes. La vida de Leopardí debió ser un continuo sacrificio de la vida; y sin duda Leopardí se hubiera suicidado si las enfermedades que padecía, y que con el intenso trabajo de su pensamiento, él mismo acrecentó, si no produjo, no hubiesen prematuramente dado fin á su existencia. Bien se pueden poner sobre su sepulcro estos tres versos, en los cuales trata el poeta de retratar á Alfieri:

Disdegnando e fremendo, immacolata
Trasse la vita intera,
E morte lo scampó dal veder peggio.

V.

Ya hemos visto que la mujer que Leopardí amó es, como él mismo dice, «la mujer que no se encuentra. No se sabe si esta mujer haya nacido ya, ó deba nacer algún día. Lo único que se sabe es que no vive

ahora en la tierra, y que no somos sus contemporáneos.» La mujer, según Leopardí la veía y comprendía, es un ser muy inferior al hombre é incapaz de percibir siquiera los sentimientos que sabe inspirar. Leopardí no podía poner seriamente su amor en objeto tan indigno: y por eso acaso (á lo ménos así lo aseguran los amigos y biógrafos del poeta) bajó éste á la tumba en el mismo estado perfecto, en que podría un santo de los más santos é immaculados.

En el amor de la patria no fué Leopardí mucho más feliz. La patria que él amaba no era tampoco su contemporánea; pero al ménos esta patria había existido en otro tiempo, y el amor de Leopardí pudo alimentarse de recuerdos, y con la vista de las ruinas y con el estudio de los grandes autores y la admiración de los héroes maravillosos que en otra época produjo.

O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le colonne e i simulacri e l'erme
Torri degli avi nostri;
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi.

Todo este canto á Italia, los cantos á Angelo Mai, y al monumento de Dante, y algunos otros, están inspirados por un tan doloroso, sublime y extraordinario amor de la patria, y escritos por un estilo tan bello y tan alto, que para hacer conocer el mérito de ellos sería menester citarlos todos. Yo para mí tengo que nada

hay mejor en poesía; al ménos no recuerdo haber leído poesías que me hayan hecho impresion más profunda.

Pero donde está como concentrada toda la desesperacion de Leopardí y recapitulada toda su doctrina espantosa es en el último canto de Safo, y en el Bruto Minore. Nosotros hemos dicho ya qué doctrina es la de Leopardí y hemos notado y hecho notar á los lectores la belleza de sus cantos. Bien se nos alcanza, sin embargo, que para comprender y apreciar toda esta belleza no bastan nuestras pobres observaciones y conviene leer con atencion al mismo poeta.

Muchos doctos italianos, Mr. de Sainte-Beuve en Francia, y en Inglaterra *The quartely Review*, han tratado de la vida y de las obras todas de Leopardí. Nosotros solo hemos hablado de sus cantos; y aun esto no basta para poder apreciar á Leopardí como poeta. Sus Paralipómenos de la Batracomiomaquia, poema satírico, donde segun la confesion del crítico inglés que hemos citado, tiene el poeta la misma facilidad y gracia que Byron en el D. Juan, y la misma agudeza y brio que Swift en la sátira política, demuestra que Leopardí sabia tocar todos los tonos y que era siempre un altísimo poeta. Los italianos proclaman á Leopardí, como poeta perfecto, rival del Tasso, y rival de Galileo, como perfecto prosista. El asiduo y profundo estudio que hizo Leopardí de los clásicos griegos y latinos y de su propia lengua contribuyó poderosamente á darle la felicidad de expresion, la sencillez y ternura de estilo, y la pureza, primor y armonía

de lenguaje, que notamos en todas sus obras, que le hicieron digno de aquellos títulos, y que le conquistaron asimismo el de eruditísimo y sábio filólogo. Niebuhr le tenia por tal cuando aun Leopardí no pasaba de la edad de veinte y dos años. Leopardí conocia ya las literaturas y las lenguas griega, latina, hebrea, italiana, francesa, española, alemana é inglesa. Nosotros, exclama el crítico inglés de *The quarterly Riview*, nos acordamos involuntariamente de Hermes, del cual canta Homero.

ἦώς γεγονώς μέσω ἡματι εγκιβάριζεν,
εσπεριος Βοῦς κλέψεν εκηβόλου Απόλλωνος.

Leopardí ha traducido los idilios de Mosco y otras muchas poesías griegas y latinas: ha escrito una obra sobre los errores populares de los antiguos; y ha comentado y anotado varios autores: todo lo cual no nos incumbe tratar en este momento. Como Leopardí amaba la forma, esto es, la belleza, hasta el extremo de creer que la virtud misma no era más que una obra de arte, y el hombre virtuoso un artista eminente, la literatura griega y la forma del pensamiento griego, por ser las más correctas, hermosas y acabadas, fueron las que él más estudió; llegando á amoldar su pensamiento en aquella forma hasta el punto de no distinguirse, cuando él queria, una obra suya de la de un antiguo poeta helénico. Así fué que su himno original á Neptuno pasó entre los más eruditos y pers-

picaces, por la traducción de un manuscrito recién descubierto. Sus traducciones en prosa de Jenofonte, Isócrates y Epitecto son más bien reproducciones que traducciones: y sus anacreónticas originales en griego parecen escritas por el mismo Anacreónte. Además hay publicados de Leopardi los *Pensamientos*, los *Diálogos* y la correspondencia, obras todas que son la admiración y la gloria de Italia, y que apenas se conocen en nuestro país. La filosofía de Leopardi en sus diálogos y sus pensamientos, es idéntica á la de sus cantos, aunque más clara y metódicamente expuesta. Leopardi, como ya hemos dicho varias veces, es un místico ateo. No le faltó más que la fé para ser cristiano; ni más que ser cristiano para ser santo: y es digno de ser estudiado, no sólo como eminencia literaria y filosófica, sino también como carácter extraordinario y grande. Sus extravíos, su falta de religión, creo firmemente que más fueron resultas de la naturaleza de su ingenio y de la manera y método que siguió en sus estudios, que consecuencia de sus horribles padecimientos y de su malaventurada vida. «Antes de morir, dice Leopardi mismo, quiero protestar contra esa invención de la debilidad y de la vulgaridad, y rogar á mis lectores que procuren destruir mis observaciones y mis razonamientos y no acusar mis enfermedades.»

(*Revista de Ambos Mundos.*)

OBRAS POÉTICAS DE CAMPOAMOR.

I.

Voy á hablar á nuestros lectores de uno de los más delicados y graciosos poetas, que España ha tenido en estos últimos tiempos; y como no soy amigo de inquirir vidas ajenas, no me pondré aquí á contar menudamente la suya. Solo diré que vive aún, que se llama Campoamor, y que anda por esas calles de Madrid tan bueno y tan contento, que da gloria verle. Su melancolía (de la de sus versos hablo, pues en su conversacion es alegre como unas sonajas), tiene más de la languidez dulcísima que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima